



# EL ANILLO DE THOTH

Arthur Conan Doyle



# M

Mr. John Vansittart Smith, F.R.S., era un hombre de gran inteligencia y claridad de juicio que había destacado en el terreno científico. Sin embargo, era versátil e inconstante y así pasó de los intereses científicos a los arqueológicos. Esto lo llevó a afiliarse a la Oriental Society en donde se hizo presente con una conferencia sobre las inscripciones jeroglíficas y demóticas de El Kab.

Tan impresionado estaba Mr. Smith con la arqueología egipcia que comenzó a recoger materiales para una obra que lo obligaba a visitar en el Louvre las magníficas colecciones que tiene el museo. Fue precisamente en la última de éstas, cuando se vio envuelto en la más extraña y notable de las aventuras.

Una vez más había viajado a París y llegó tan nervioso que aunque intentó descansar en el hotel, no pudo tranquilizarse y decidió trasladarse de inmediato al Museo en donde se dirigió rápidamente a la colección de papiros que tenía intención de consultar.

Una conversación en inglés sobre las características físicas del vigilante de la sala lo hizo acercarse al individuo que realmente parecía un egipcio sacado de alguna de las pinturas que él conocía tan bien.

—*Où est la collection de Memphis?*<sup>1</sup> —preguntó el investigador, con ese aire inoportuno de quien busca una pregunta con el único propósito de entablar conversación.

—*C'est là?* —contestó secamente el hombre, indicándole con la cabeza el otro lado de la sala.

—*Vous est un égyptien, n'est-ce pas?* —preguntó el inglés.

El vigilante miró hacia arriba y clavó sus oscuros y extraños ojos en el interlocutor. Eran unos ojos vidriosos, con un brillo seco y nebuloso que no había visto hasta entonces en un ser humano.

—*Non, monsieur; je suis français*<sup>4</sup>.

El hombre se dio la vuelta con cierta brusquedad y se encorvó de nuevo para dedicarse a su trabajo de limpieza.

1. ¿En dónde está la colección de Menfis?

2. Está allí.

3. Usted es egipcio, ¿no es cierto?

4. No señor, yo soy francés.





Durante un rato el lápiz del investigador corrió sobre el papel, pero al fin, rendido por el viaje, se sumergió en un sueño tan profundo en su solitario rincón detrás de la puerta que ni el ruido metálico producido por los vigilantes, ni las pisadas de los visitantes, ni siquiera el ronco estrepito de la campana al dar el aviso de cierre fueron suficientes para despertarlo.

La penumbra dio paso a la oscuridad. Era cerca de la una de la madrugada cuando John Vansittart Smith recobró la conciencia. Se encontraba perfectamente despierto y recuperado. El silencio absoluto era impresionante. Estaba solo entre los cadáveres de una civilización desaparecida. De pronto sus ojos recayeron sobre el resplandor amarillo de una lámpara distante.

Jonh Vansittart Smith se incorporó en su asiento con los nervios al límite. La luz avanzaba despacio hacia él, deteniéndose de vez en cuando, para acercarse a continuación con pequeñas sacudidas. El portador de la luz se movía sin producir el menor ruido. Lo primero que se le pasó por la cabeza al inglés es que se trataba de ladrones. Se recogió todavía más en su rincón. La luz estaba ya a dos salas de distancia. Con una sensación cercana al estremecimiento o al miedo, el investigador descubrió un rostro, un extraño rostro de expresión anhelante. No había posibilidad de error: el brillo metálico de los ojos, la piel cadavérica. Era el vigilante con quien había conversado antes.

Los movimientos del individuo no revelaban la menor vacilación. Se dirigió con paso ligero y rápido hacia una de las grandes vitrinas, sacó una llave de su bolsillo y abrió la cerradura. Entonces bajó una momia del estante superior, avanzó unos pasos y la depositó con sumo cuidado y solicitud en el suelo. Colocó la lámpara al lado y, a continuación, poniéndose en cuclillas al estilo oriental, empezó a deshacer con sus dedos largos y temblorosos las telas enceradas y los vendajes que la recubrían. A medida que se desplegaron las tiras de tela, un fuerte y aromático olor invadió la sala, y fragmentos de perfumada madera y especias cayeron con un ruido sordo en el suelo de mármol.

Para John Vansittart Smith era evidente que aquella momia jamás había sido despojada de su vendaje. La operación le interesaba profundamente. La observó con curiosidad y emoción. Cuando aquella cabeza de cuatro mil años de antigüedad fue desposeída del último vendaje, el investigador apenas pudo ahogar un grito de asombro. En primer lugar, una cascada de largas trenzas negras y brillantes se derramó sobre las manos y los brazos del manipulador. La segunda vuelta del vendaje descubrió una frente estrecha y blanca, con las cejas delicadamente arqueadas. A la tercera vuelta aparecieron unos ojos luminosos, bordeados de largas pestañas, y una nariz recta, bien perfilada, mientras que la cuarta y última mostró una boca dulce, henchida y sensual, y una barbilla encantadoramente torneada. Todo el rostro era de una belleza extraordinaria, salvo una mancha irregular en el centro de la frente, de color café.

El extraño vigilante, al verla, alzó las manos al aire, prorrumpió en un áspero martilleo de palabras y, después, echándose en el suelo, al lado de la momia, la rodeó con sus brazos y la besó varias veces en los labios y en la frente. «*Ma petite!* —gimió en francés—. *Ma pauvre petite.*» Su voz



## Arthur Conan Doyle (1859-1930)

Nació en Edimburgo, Escocia. Su personalidad desbordante le permitió ser: médico, político, jugador de fútbol, esquiador, viajero incansable. Alquimista de la literatura, Doyle descubrió el secreto de la eterna juventud para su más famoso personaje: Sherlock Holmes, quien ve la luz primera en *Estudio en escarlata*, publicado en 1887. Cultivó géneros muy diferentes entre los que hay señalar por su importancia estos tres: la historia, el ensayo y la narración breve. Dentro de sus obras históricas destacan: *Las enseñanzas del brigadier Gerard*, *Aventuras de Gerard*. En el apartado de ensayo están: *Los refugiados*, *La tragedia del Korosko*, *La guerra de Sudáfrica: sus causas y modo de hacerla*, *La guerra alemana: detalles y reflexiones*. Sus mejores narraciones cortas son: *Misterios y aventuras*, *La bandera verde* y otros relatos de guerra y de deportes, *El abismo de Maracot*.



estaba quebrada de emoción, y sus innumerables arrugas se estremecían y se retorcían. Durante algunos minutos se quedó allí tendido, con el rostro crispado, runroneando y susurrando sobre aquella hermosa cabeza. Después mostró una sonrisa de satisfacción, pronunció algunas palabras en un idioma desconocido y se puso en pie con la expresión vigorosa de quien se ha preparado para afrontar un duro esfuerzo.

En el centro de la sala había una vitrina circular que contenía una magnífica colección de anillos egipcios primitivos y piedras preciosas en la que el investigador había reparado con frecuencia. El vigilante se dirigió a la vitrina, manipuló la cerradura y abrió la puerta. Colocó la lámpara en un estante lateral y, a su lado, una pequeña jarra de barro que sacó del bolsillo. Después cogió un puñado de anillos de vitrina y con un gesto grave y ansioso procedió a mojar cada uno de ellos en el líquido que contenía la jarra, examinándolos a continuación a la luz de la lámpara.

Escogió un anillo de metal macizo con un voluminoso cristal engarzado y lo sometió a la prueba del líquido de la jarra. Al momento lanzó un grito de alegría y extendió los brazos con un gesto tan impetuoso que derribó la jarrita, cuyo líquido se derramó por el suelo y corrió hasta los pies del inglés. El vigilante se sacó un pañuelo encarnado del pecho y se puso a limpiar la mancha, siguiendo el reguero hasta el rincón, donde se encontró de pronto cara a cara con el individuo que le estaba observando.

—Perdóneme —dijo John Vansittart Smith con cortesía inimaginable—. He tenido la desgracia de quedarme dormido detrás de esa puerta.

—¿Me ha estado observando? —preguntó el otro en inglés, con una mirada venenosa dibujada en su cadavérico rostro.

El investigador era un hombre que no acostumbraba a mentir. —Confieso —dijo— que he observado sus operaciones y que han despertado mi interés y curiosidad en el más alto grado.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el vigilante. Y el inglés se lo dijo—. ¿Es usted el mismo

Vansittart Smith que leyó una memoria en Londres sobre El Kab? Leí un informe sobre ella. Sus conocimientos del tema son despreciables.

—¡Caballero! —exclamó el egiptólogo.

—Sin embargo, son superiores a los de otros que tienen incluso más pretensiones que usted. De pronto el erudito con los ojos dilatados exclamó: —¡Dios mío! ¡Mire la cara de la momia!

Aquel hombre extraño se volvió y enfocó la luz sobre la mujer muerta, dejando escapar un grito de dolor mientras lo hacía. La acción de la atmósfera había destruido la labor del embalsamador. La piel se había despegado, los labios descoloridos se habían retorcido por debajo de los dientes amarillentos y sólo por la mancha marrón de frente podía asegurarse que se trataba del mismo rostro joven y hermoso que tenía apenas unos minutos antes.

—No importa —dijo con la voz quebrada por la emoción—. Realmente ya no importa. He venido aquí esta noche con la firme determinación de hacer algo. Y ya lo he hecho. Todo lo demás sobra. Encontré lo que buscaba. La antigua maldición ha quedado rota. Puedo reunirme con ella. ¿Qué importancia tiene su forma inanimada, si su espíritu me está esperando al otro lado del velo?

—Ésas son palabras un tanto exageradas —dijo Vansittart Smith. Cada vez estaba más convencido de que estaba tratando con un loco.

—El tiempo apremia y tengo que partir —continuó el otro—. Ha llegado el momento que durante tanto tiempo he estado esperando. Pero antes debo llevarle a usted hasta la salida. Venga conmigo.

—Entre aquí —ordenó el vigilante.

Era un cuarto pequeño. Al mirar a su alrededor, el investigador advirtió, con un repentino e intenso escalofrío, que todos los pequeños detalles de la habitación tenían un diseño extraño y constituían un trabajo de artesanía verdaderamente antigua. Los candelabros, los jarrones de la chimenea, los atizadores de la lumbre, los adornos de las paredes... todo pertenecía al tipo de arte que asociamos con el más remoto pasado. Aquel hombre arrugado y de ojos turbios se sentó en el borde de la cama e indicó a su invitado que tomase asiento en el sillón.

—Tal vez haya sido el destino —dijo, expresándose todavía en un excelente inglés—. Tal vez estaba decretado que yo dejase detrás de mí algún relato que pusiera en guardia a los temerarios mortales que enfrentan su inteligencia contra el proceso de la Naturaleza.

Soy, como usted habrá deducido, egipcio. Vi la luz en el reinado de Tutmosis, mil seiscientos años antes del nacimiento de Cristo. Mi nombre era Sosra. Mi padre fue el sumo sacerdote de Osiris en el gran templo de Avaris. Allí me educaron y antes de cumplir los dieciséis años había aprendido todo lo que podía enseñarme el más sabio de los sacerdotes. Desde entonces estudié por mí mismo los secretos de la Naturaleza, pero no compartí mis conocimientos con nadie.

Investigué profundamente en los secretos del Principio vital. Yo estaba convencido de la posibilidad de desarrollar un método que fortalece el cuerpo hasta el punto de impedir que jamás se apoderase de él la enfermedad o la muerte. Como resultado de mis investigaciones obtuve una sustancia que al ser inyectada en la sangre proporcionaba al cuerpo la fortaleza necesaria para resistir los efectos devastadores del tiempo, de la violencia o de la enfermedad. No proporcionaba la inmortalidad, pero su poder permanecería durante miles de años.

Con gran alegría en mi corazón vertí aquella sustancia maldita en mis venas. Después miré a mi alrededor para ver si encontraba a alguien que pudiera beneficiarse de mi descubrimiento y compartí mi secreto con un joven sacerdote de *Thoth*: *Parnes*, y le inyecté mi elixir para que nunca me faltará un compañero de mi misma edad.

Después de este grandioso descubrimiento abandoné hasta cierto punto mis estudios, pero Parmes continuó con renovada energía. Le veía trabajar todos los días con sus redomas y destiladores en el templo de Thoth, pero apenas me hablaba del resultado de sus investigaciones.

Había guerra en aquel entonces, y el Faraón envió soldados a la frontera oriental para expulsar a los hicsos. Se envió también un gobernador a Avaris, que debía mantener la ciudad para el rey. Yo había escuchado las alabanzas sobre la belleza de la hija del gobernador. Un día, mientras paseaba en compañía de Parmes, la vimos pasar transportada sobre los hombros de sus esclavos. El amor me traspasó como un rayo. Se me escapó el corazón. La vida sin ella me resultaba imposible.

No es necesario que le hable de nuestros amores. Llegó a amarme tanto como yo la amaba a ella. Me enteré de que Parmes pretendía haberla visto antes que yo, y que le había dado a entender que él también la amaba, pero yo sonreía ante aquella pasión, pues sabía que su corazón me pertenecía. La peste blanca hizo aparición en la ciudad y las víctimas fueron incontables. Entonces le revelé mi secreto y le supliqué que me permitiera emplear mi arte con ella.

Pero ella estaba llena de dudas y no hacía más que poner objeciones tímidas propias de una doncella. Necesitaba una noche más para pensarlo. A la mañana siguiente corrí a su casa. Una esclava asustada me recibió al pie de la escalera. Su señora estaba enferma, me dijo, muy enferma. En la frente aparecía una mancha inflamada, de color púrpura. Era la pústula de la peste blanca, el sello de la muerte.

Ella se fue y yo no podía seguirla. Una noche, Parmes, el sacerdote de Thoth, vino a visitarme. Le vi de pie, en el círculo de luz que proyectaba la lámpara, y me miró con unos ojos en los que se adivinaba una alegría insana. Me vino a comunicar que él iría a unirse con Atma, que yacía embalsamada en la tumba más alejada, donde se levanta la doble palmera, más allá de los muros de la ciudad.

—¡Voy a morir! ¡A morir junto a ella! —me gritó—. Yo no estoy sujeto a las cadenas de la vida terrenal. He descubierto un principio más poderoso que destruirá el efecto del elixir. En este momento está actuando en mis venas, y en una hora seré un hombre muerto. Me reuniré con ella, y tú quedarás atrás.

—¡Tienes que dármelo! —grité.

—¡Jamás! —respondió—. Y además, —agregó— para obtenerlo se requiere una mixtura que no podrás conseguir nunca. Salvo la que contiene el anillo de Thoth, jamás se hará otra igual.


—¡En el anillo de Thoth! —repetí—. ¿Dónde está el anillo de Thoth?

—Eso tampoco lo sabrás nunca —contestó.

Giró sobre sus talones y salió de la habitación. A la mañana siguiente recibí la noticia de que el sacerdote de Thoth había muerto.

Desde entonces dediqué todos mis días al estudio. Debía encontrar el sutil veneno que era más poderoso que el elixir. Parmes había dicho que su descubrimiento estaba relacionado con el anillo de Thoth. Yo tenía un recuerdo vago de aquella joya. Era un anillo grande y pesado, no de oro, sino de un metal más raro. Vosotros lo llamáis platino. Yo recordaba que el anillo tenía incrustado un cristal hueco que podía albergar algunas gotas de líquido. Era probable que hubiese guardado su precioso veneno en el interior del cristal. Apenas llegué a esta conclusión cuando, al buscar entre sus papeles, di con uno que confirmaba mis sospechas y sugería que en el anillo quedaba una porción que no se había usado.

Se había desatado una guerra enconada contra los hicsos y los capitanes del Faraón habían quedado aislados en el desierto, con todos los cuerpos de arqueros y de caballería. Las tribus



de pastores cayeron sobre nosotros como plagas de langosta en un año de sequía. Cayó la ciudad. El gobernador y los soldados fueron pasados a cuchillo, y yo, junto con muchos otros, fui reducido al cautiverio.

Los hiscos se habían establecido en las tierras conquistadas y su propio rey gobernaba el país. Avaris había sido reducida a escombros, la ciudad incendiada, y del gran Templo no queda más que una montaña informe de cascotes de piedra. No quedó señal alguna de la tumba de mi amada Atma. Las arenas del desierto la habían sepultado y las palmeras que señalaban el emplazamiento habían desaparecido tiempo atrás.

He viajado por todas las tierras y he morado en todas las naciones. Aprendí todas las lenguas para que me ayudaran a pasar el tiempo fatigoso. ¡Pero al fin he llegado al final de todo!

Me acostumbre a leer todo lo que escribían los estudiosos acerca del antiguo Egipto. Hace nueve meses me encontraba en San Francisco cuando leí un informe sobre diversos descubrimientos realizados en las proximidades de Avaris. Mi corazón dio un vuelco al leer aquello. Decía que el excavador había explorado algunas de las tumbas que se habían descubierto recientemente. En una de ellas se había encontrado una momia intacta con una inscripción en el féretro exterior. Dicha inscripción informaba que el cuerpo que contenía era el de la hija del gobernador en los tiempos de Tutmosis. El artículo decía también que al quitar el féretro exterior había quedado al descubierto un pesado anillo de platino, con un cristal incrustado, y que había sido depositado sobre el pecho de la mujer embalsamada. Así pues, era allí donde Parmes había escondido el anillo de Thoth.

Aquella misma noche salí de San Francisco, me embarqué para El Cairo e investigué en dónde se encontraba el hallazgo de la momia y el anillo. Me indicaron que habían sido trasladados al Louvre. Por fin, después de cuatro mil años, me encontré en la sala egipcia con los restos de mi amada y el anillo que había estado buscando durante tanto tiempo.

Pero, ¿cómo me las ingeniaría para echarles las manos encima? ¿Cómo apropiarme de ellos? Dio la casualidad que estaba vacante un puesto de vigilante. Me presenté ante el director. Le convencí de que tenía grandes conocimientos sobre Egipto, y me permitió trasladar a esta habitación los pocos efectos personales que he conservado. Ésta es la primera y última noche que paso aquí.

Ésta es mi historia, Mr. Vansittart Smith. No necesito decirle nada más a un hombre de su inteligencia. Me he librado de una pesada carga. Puede usted relatar mi historia o silenciarla si lo desea. Lo dejo a su elección. Ésa es la puerta. Conduzca a la Rue de Rivoli. ¡Buenas noches!

Dos días después de su regreso a Londres, John Vansittart Smith leyó en la correspondencia de París del Times el breve informe que sigue:

### Extraño suceso en el Louvre

Ayer por la mañana tuvo lugar un extraño suceso en el Louvre. Los empleados de la limpieza encontraron a uno de los vigilantes tendido en el suelo, rodeado con sus brazos el cuerpo de una de las momias. Estaban abrazados tan estrechamente que sólo después de múltiples dificultades terminada y costumbres excéntricas, sin pudieron ser separados. Una de las vitrinas donde se guardan anillos de considerable valor había sido abierta y saqueada. Las autoridades opinan que el vigilante pretendía llevarse la momia con la idea de venderla a algún coleccionista privado, pero en ese momento sufrió un colapso a consecuencia de una larga enfermedad del corazón. Se dice que el difunto era un hombre de edad indefinida y que sus costumbres excéntricas, sin pudieron ser separados. Una de las vitrinas donde se guardan anillos de considerable valor había sido abierta y saqueada. Las au-

# Lo que dicen las palabras



1. Localicen y subrayen las siguientes palabras en la lectura anterior. Después, busquen en el diccionario su significado de acuerdo con el contexto en que aparecen.

demóticas \_\_\_\_\_

prorrumpió \_\_\_\_\_

crispado \_\_\_\_\_

engarzado \_\_\_\_\_

redomas \_\_\_\_\_

pústula \_\_\_\_\_

mixtura \_\_\_\_\_

elixir \_\_\_\_\_

2. De cada palabra buscada, reconozcan su sinónimo entre las cuatro opciones.

**demóticas**

- a) escritura simplificada
- b) escritura egipcia
- c) lengua egipcia
- d) tipo de jeroglíficos

**crispado**

- a) sonreír
- b) censurar
- c) calambre
- d) contraer

**redomas**

- a) vaso
- b) amaestrar
- c) cántaro
- d) volver a domar

**mixtura**

- a) pintura
- b) pócima
- c) refresco
- d) comida

**prorrumpió**

- a) exclamar
- b) decir
- c) omitir
- d) censurar

**engarzado**

- a) incrustar
- b) atar
- c) amarrado
- e) pulir

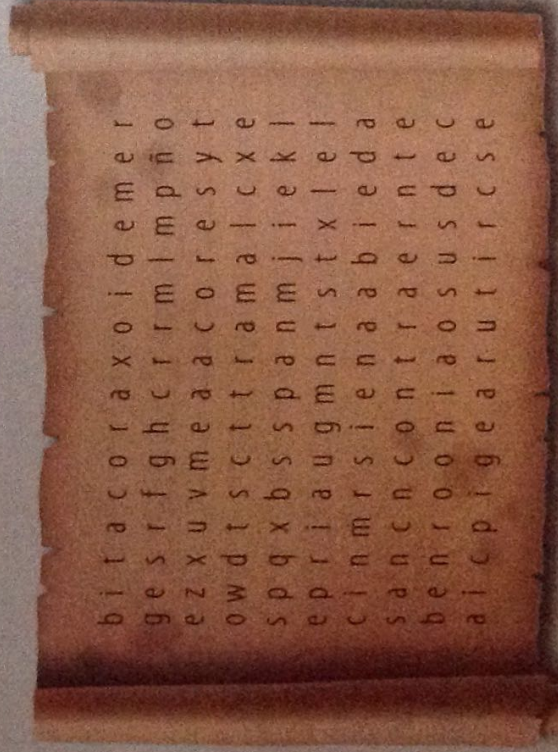
**pústula**

- a) postura
- b) lunar
- c) estrella
- d) absceso

**elixir**

- a) pulque
- b) bebida alcohólica
- c) remedio
- d) agua

3. Encuentren las palabras antes trabajadas en esta sopa de letras.



# ¿De qué se trató?

Contesten las siguientes preguntas. Después comparen sus respuestas con otros equipos.

• ¿Por qué decide Sosra relatar su historia a un egiptólogo?

• ¿A qué se debió que el cuerpo de Atma se hubiera conservado con esa frescura a pesar de los siglos transcurridos desde su muerte, y a qué el que pasados unos minutos se descompusiera?

• En este relato hay una historia dentro de otra. ¿Cuáles son esas dos historias y quiénes los protagonistas de cada una de ellas?

• Elijan una de las dos historias. Identifiquen el planteamiento, señalen el clímax y den a conocer el desenlace.

• ¿Para quién y por qué tiene valor el anillo de Thoth?

• ¿Qué pueden decir del relato leído? Expresen una opinión fundamentada.

• Cómo clasificarían la historia que acababan de leer: de terror, de amor, de suspenso, de misterio u otro. Sustenten su respuesta.





1. En el texto se leen algunas frases en otro idioma, ¿qué idioma es? y ¿cuál piensan que es la intención del autor al emplearlas?

2. Investiguen cuál es la traducción de estas frases al español:

"Mapetite"

"Ma pauvre petite"

3. De acuerdo con los siguientes textos tomados de la lectura, ¿cómo se describe el carácter de John Vansittart Smith? Describanlo con sus propias palabras:

"era un hombre de gran inteligencia y claridad de juicio"

"Sin embargo era versátil e inconstante"

"era un hombre que no acostumbraba a mentir"

"con cortésia inimaginable"

4. Localicen y escriban las frases que describan a Sosra. Después, empleando sus palabras, vuelvan a describirlo.

5. Busquen en revistas, periódicos o donde lo consideren, imágenes que de acuerdo con lo que leyeron mejor representen a Sosra, Mr. John Vansittart Smith, Atma y Parmes. Sustenten sus elecciones.

6. Qué sensaciones les producen el empleo de frases como: "se incorporó en su asiento con los nervios al límite", "Con una sensación cercana al estremecimiento o al miedo", "apenas pudo ahogar un grito de asombro".